



# JULIAN GRIMAU

Al recordar a Julián lo primero que a uno le viene a la mente es eso: su desbordante capacidad de trabajo, la generosidad y la despreocupación de sí mismo, su absoluta dedicación al trabajo y a la lucha, su modestia y su sencillez, la ausencia de afectación, de fanfarronería, de suficiencia. Junto con esos rasgos, otro que caracteriza también a muchos de nuestros camaradas: en cualquier lugar del planeta donde haya trabajado, tanto en los primeros años tras la guerra como en los posteriores, Julián daba la impresión de no haber salido de España; de estar todavía en Madrid. Pensaba, hablaba, se conducía en todo instante como si no fuese un emigrado. En realidad, no había en él nada del emigrado. Su cabeza, su corazón, sus cinco sentidos, estaban en España. Su regreso al trabajo clandestino en el país no le exigió ningún esfuerzo de adaptación. Fuera de España, él había vivido siempre en el ambiente de España, de la lucha y los sufrimientos de nuestro pueblo bajo el franquismo, en íntimo contacto con la realidad española. Estuviera donde estuviera, los Pirineos quedaban siempre a la espalda de Julián Grimau. Yo dudo que nuestros adversarios —y no sólo nuestros adversarios sino otras gentes que no podemos catalogar de tales— puedan comprender hasta qué punto un militante comunista puede llevar España en el corazón. Hasta qué punto son profundas en él las raíces nacionales, la fusión con su pueblo, la noción de que su vida es el servicio y el desvelo por éste.

SANTIAGO CARRILLO.

## ELEGIA ROTA PARA UN HIMNO

Volví el cubil a crépitar: serpientes  
den rencor, lobos  
del odio,  
un trueno de uñas lividas, un río  
de alimañas hirvientes,  
plomos, ácidos,  
espadas purulentas  
hrotando,  
desatándose,  
cayendo  
sobre dos brazos rotos y una frente  
partida.

Llegaba roja el alba,  
Abil tenía  
los tallos de esmeralda  
ensangrentados.

Lenguas,

lágrimas,  
campanas desoladas a lo lejos  
sonaron un idioma  
de congója,  
y clamor iba subiendo,  
como si le arrancaran a un planeta,  
de cuajo,  
las entrañas.  
Entonces fue.

Gritó la voz enana,  
enroquecida voz, la voz  
hedionda,  
aulló, gritó, ordenó  
sádicamente la ración de crimen  
dispuesta para el día,  
y luego se sentó sobre la Cruz,  
sobre la Cruz de Roma.

Entonces

fue. El miedo le subía  
por los oscuros fondos del instinto.

Pero aquella mirada  
frente a las negras bocas  
ya humeantes,  
aquel torrente quieto  
de dulzuras  
que el fuego quiso devorar,  
aquella  
sangre erguida delante del abismo,

se alzó sobre la muerte  
y ahora vuela  
se esparce por la noche  
del mundo como un astro. Como un  
[astro

cereano  
que podemos tocar desde la tierra.  
Mirame, hermano, sol, espejo  
de las vidas, oh sí, mirame,  
líerame  
de tu luz, alzáme  
en ella,  
tu luz que ya convoca  
los distantes insomnios; pone olvido  
en las viejas heridas,  
nos conduce  
hasta el fin.

Mírame, entrégame  
tu tranquila energía, tu centella  
de paz.

No te han vencido,  
amigo, compañero de la rama  
vencida, lazarillo  
del más hermoso sueño, no  
te han vencido, perduras, ahora estás  
entre las cumbres y, no obstante,  
caminas con nosotros,  
te rodean  
los brazos que te aman,  
siembras,  
funcas  
los midos del futuro.

Huya el dolor  
a su frontera. Empieza  
a amanecer. Yo canto, yo te canto,  
de pie sobre mis lágrimas,  
con la misma esperanza que tu rostro  
tenía  
cuando, abrazado a tu estatura  
intensa,  
a tu impávida rosa,  
ibas naciendo,  
como una brisa inmemorial, al día  
que no acaba, que nunca  
acabará.

Dijiste al hacha fraticida:  
"Este  
será tu último golpe", y luego  
a los que te escuchaban  
con dolido estupor: "Seguid, unid  
las manos, destronad  
a la bestia".

Cuando suena  
a orilla de las sombras una música  
tan pura y verdadera,  
es que del muro  
martirizado una diadema está  
brotando, una diadema  
inagotable  
como la sed del tiempo, como el ala  
del mar.

Puedes brillar tranquilo,  
tú lo sabes.  
Estamos hechos para la tormenta.  
para el beso creador  
estamos hechos.  
A tu fulgor, marchamos. Ya han  
[crecido,  
al borde de tu sombra; arbustos  
jóvenes.  
Ellos te llevan en los labios.  
Vamos  
contigo a defender la primavera,  
contigo  
a levantar la nueva casa.

JUAN REJANO.

El 20 de abril de 1963 fue fusilado Julián Grimau. Al cumplirse ahora el sexto aniversario, recogemos en homenaje a su memoria un párrafo del prólogo de Santiago Carrillo, Secretario General del Partido Comunista de España, al libro "Julián Grimau", publicado en Cuba por "Ediciones Venceremos", y el poema de Juan Rejano "Elegía rota para un himno", escrito en aquella ocasión, bajo el doloroso impacto del asesinato del camarada, del héroe. Los dibujos son de José Ortega y Agustín Ibarrola.

